

ESE HIJO DE FERROVIARIO

Hablar de Pablo Neruda y limitarse, en las actuales circunstancias, a uno de sus aspectos menos totalizadores exige por lo menos una inmediata justificación: la palpable proximidad de Neruda, la anegadora emoción de su verso, genésico y ardiente mundo poético; su estilo de responsabilidad política, las desdichadas circunstancias de su muerte —provocada por un cáncer de próstata inoperable, a su vez, en otro cáncer social muy grave—, convierten cualquier paralización momentánea en una actividad trivial y oscura, más bien apta para ejercicios autocríticos desamplificadores de ambiciosas curiosidades literarias.

Si me propongo hablar un poco del Neruda hijo de ferroviario no es por considerar que esa circunstancia revista connotación especial ni se sobreexponga, obviamente, a cualquier otro azar de nacimiento. Es principio nado puede elegir su progenie, y lo mismo se nace hijo de ferroviario que de albano, multimillonario yanqui o de lord inglés. Es un azar, según queda dicho. Pero una vez nacido, dado que al padre su hijo lo espulsa de la cabaña materna, donde todavía se le ha producido fricción social gracias al mestizaje ciego y generoso de la biología, parece que el azar, sin perder sus atributos, empieza a reordenarse y a pagar su correspondiente cuota de prejo, traducido por las primeras influencias del medio (sociales, geográficas, genéticas), que ya gravitan la personalidad entre y en lo que cuentan los orígenes. Si hablo de Neruda como hijo de ferroviario es por la sencilla razón de que me siento identificado con ese mundo por similitud de origen. El azar puede resultar hasta poético, ya que ser hijo de ferroviario, sin ser al mismo tiempo Pablo Neruda, no es una culpa, pero de todas maneras, pese a que no soy dado a la mitificación poética, es imposible dejar de responder a un vocabulario, a unas coordenadas ambientales, a unas vivencias infantiles que, a través del pantano mágico-sensual de Neruda, yo recupero como material poético constituyente. Y aquí terminan la justificación y el paracaidismo, que, de existir este último, es absolutamente estéril y divergente. Los hijos de ferroviarios rotos

—de la vía, de la estación— tienen penetrado una infancia entre vapores y ruidos de carga, pero nadie les garantiza el doblez y el andar ni la verosimilitud sociopolítica. De ahí proviene la magistral honda universal de que Neruda no sebara sus días vivos conduciendo, como su padre, un tren «labrador» y se distanciará profesionalmente del ferrocarril lo suficiente como para poder enloquecerlo y remitir a sus orígenes sin sombra de frustración, emocionado, desde una esfera evolucionada y distinta, en la que el recuerdo de las imágenes ferroviarias llega sobrecargado de misterio y del roce de etapas, no desvirtuado por la frecuentación excesiva, por el desgaste de los días perdidos en la misma cosa, que al menos puede por hacerse brillante y por igualar cualquier énfasis poético o, al menos, el énfasis político para el que Neruda estuvo dividido. Es una fortuna general que Neruda pudiera evocar las imágenes del ferrocarril de su infancia desde la vertiente diplomática y desde la consumación, culminación o realización de su trayectoria política, es decir, desde un distanciamiento social y literario que le permitiera ocuparse del tema con más entonación épica y romántica —en la acepción respectiva de este término— que nunca obtendría y sometimiento onírico.

En numerosas ocasiones, en verso, en prosa o en prosa en prosa, ha hecho Neruda manifestación expresa de la importancia de los ferrocarriles en su vida y en sus primeras impresiones de la niñez. «Mi padre era ferroviario —declaró en la televisión francesa— y yo le acompañaba en sus viajes. Eran trenes rurales que recorrían los bosques levantando las piedras. Esos viajes eran para mí una fuente de placer infinito, por la fascinación que sentía por la selva. Podía estar solo durante días y días persiguiendo a los insectos, buscando huecos de pilares salvajes y observando la vida de la naturaleza para volver al tren de mi padre, que era como una cabaña; se trabajaba durante el día, y al caer la noche todos nos reuníamos en el tren. Este tren tiene una importancia enorme para mí, pero me posaba, y todos los elementos característicos del ferrocarril, del tren, de la estación, de la locomotora. Yo era amigo de todos los que trabajaban en la máquina y en los vagones; era un niño, pero ya conocía el mundo a través de las personas que trabajaban allí. Entre ellas había aventureros y bandidos —en ninguna parte los aceptaban—, pero vivían en paz con mi padre y conmigo.»

Algunos de los temas esenciales de Neruda —su fervor materno, la humedad, la lluvia, el bosque, los insectos— tienen su génesis en la profesión de su padre y en la perspectiva del ferrocarril, que permitiría además, por su coherencia y veracidad, establecer relaciones entre la memoria autobiográfica y el mecanicismo de que se vale esa memo-

Ese hijo de ferroviario [artículo] Eduardo Tijeras.

Libros y documentos

AUTORÍA

Tijeras, Eduardo, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ese hijo de ferroviario [artículo] Eduardo Tijeras.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile